

COMUNICACIÓN

**EL PERIODISMO COMO ANTIFAZ
A CIEN AÑOS DE ORTEGA Y GASSET EN *LA NACIÓN***

**FUNDACIÓN ORTEGA Y GASSET ARGENTINA
FUNDACIÓN ORTEGA MARAÑÓN**
Buenos Aires – Madrid
Octubre de 2023

Autor:
Carlos Alberto Ballistreri Echeto ¹

Sarmiento 451 - 3° B
(7000) Tandil
Argentina

00 54 0249 154 560963
caballistreri@yahoo.com.ar

¹ **Doctor en Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales.**
Universidad Complutense de Madrid.

Resumen:

La presente comunicación es presentada con motivo de cumplirse cien años del primer artículo publicado por el filósofo José Ortega y Gasset en el diario *La Nación* de Buenos Aires. En este contexto, en primer lugar se presentan aspectos introductorios mediante una abreviada cronología histórica y biográfica de Ortega, seguida de una exposición simplificada de los artículos que dieron lugar a su estrategia de difusión literaria y filosófica. Seguidamente se enuncian observaciones que el filósofo realizó sobre el hombre argentino, destacando sus principales definiciones e incitaciones. Por último, se aborda el desafío de la postergada reforma moral, que fue visto por Ortega como el problema decisivo de los argentinos y el que urge enfrentar para superar la crónica crisis política, económica y social derivada de su desatención histórica.

Palabras clave: Ortega y Gasset - Argentina – La Nación – Periodismo - Moral

Abstract:

This paper is presented on the occasion of the 100th anniversary of the first article published by the philosopher José Ortega y Gasset in the newspaper *La Nación* of Buenos Aires. In this context, first of all, introductory aspects are presented by means of an abbreviated historical chronology and a biographical of Ortega, followed by a simplified exposition of the articles that gave rise to his literary and philosophical dissemination strategy. This is followed by observations that the philosopher made about the Argentinian man, highlighting his main definitions and incitements. Finally, the challenge of the delayed moral reform is addressed, which was seen by Ortega as the decisive problem of Argentines and the one that urgently needed to be faced to overcome the chronic political, economic and social crisis derived from its historical neglect.

Key words: Ortega y Gasset – Argentina – La Nación – Journalism - Moral

***“Debo una parte substancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina.
[...]yo tengo una deuda enorme con ese país.”***

***José Ortega y Gasset
“Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*”
La Nación, 13 de abril de 1930***

Aspectos introductorios.

Luego de doctorarse en Filosofía y Letras en Madrid Ortega continuó sus estudios en las universidades alemanas de Leipzig, Berlín y Marburgo, formándose con Hermann Cohen, el neokantiano más racionalista.

Pueden señalarse tres claras etapas en el proceso de su pensar filosófico. En la primera de ellas, transcurrida entre 1902 y 1910, en el pensador veinteañero que era entonces Ortega predominó el punto de vista del objeto, con cierta desconfianza hacia las teorizaciones distantes de los objetos que les daban origen. A esta etapa le siguió otro período inequívoco, extendido hasta 1923, en el que Ortega reflexionó y aportó contribuciones personales basadas en la noción abstracta de perspectiva como una manera global de concepción de las cosas que tiene el sujeto según su posición histórica y social. Desde 1923 en adelante Ortega ensanchó en forma notoria el camino abierto con su perspectivismo e incorporó la idea de la razón vital –racio-vitalismo, según la denominación de los círculos académicos- con el propósito de descifrar no solo la realidad humana inmediata, sino también la continuidad histórica de la cultura occidental.

Las dos ideas, de la vida y de la razón vital, fusionadas constituyeron la originalidad y particularidad de la filosofía de Ortega y fueron evolucionando como proceso mental desde 1910.

Con el fin de dotar de una mayor accesibilidad a su obra Ortega se ocupó de despojarla de términos arbitrarios, neologismos y planteos incomprensibles. Por el contrario, buscó el diálogo con el lector ofreciéndole claridad conceptual, para de ese modo ser leído y comprendido por muchos¹. Quien lea *La idea de Principio en Leibniiz y la evolución de la teoría deductiva* podrá advertir ya desde las primeras páginas el rigor científico autoimpuesto por Ortega en la exploración de los pilotes científicos fundantes de su filosofía. Este texto manifiesta la monumental tarea de intentar mostrar en forma diáfana la alzada de su obra, de manera que resulte asequible y transitable al hombre común. Sin embargo, por esa razón su filosofía impone al mismo tiempo una ardua tarea de meditación para hacerla propia. Esto explica el recurso estilístico del artículo periodístico empleado por Ortega como instrumento facilitador de acceso a la misma.

¹ Al explicar su intención, en el *Prólogo para alemanes* de *La idea de Principio en Leibniiz y la evolución de la teoría deductiva* ORTEGA dice: “La involución del libro hacia el diálogo: éste ha sido mi propósito.” Véase: ORTEGA Y GASSET, José. *Obras completas*, Ed. Taurus, diez tomos, edición en formato digital pdf, septiembre de 2020, tomo IX, p. 178. En adelante, citaré por la misma edición.

Ortega estaba advertido que el hombre cuya conducta le interesaba examinar con atención era lector de diarios. De igual manera que en su tiempo Sócrates buscó a sus interlocutores en las calles de Atenas, así buscó Ortega a los suyos en las páginas del periódico. En otras palabras, podemos afirmar que Ortega concibió el diario como la gran plaza pública de su tiempo. Desde esta plataforma el filósofo español salió sin prejuicio al encuentro de ese hombre, presentándole atractivas novedades enhebradas de serena reflexión. Al respecto, Santiago Kovadloff destacó: “Porque es el tejido, la urdimbre conceptual de la vida cotidiana lo que a Ortega le importa iluminar.”² El diario, donde el arte de pensar era concebido como una práctica débil y de escasa identidad, fue el terreno apto que halló para comunicar lo complejo de manera fácil mediante prosa amena y rigurosa. De esa manera, Ortega logró adaptar sus términos a la capacidad receptiva de los lectores.

En la obra de Ortega el artículo periodístico es a la vez estrategia de divulgación y material filosófico divulgado. Esto último permite advertir un aspecto clave de su arquitectura interna: cumple la doble función simultánea de andamio y muro, lo cual resultó fundamental para elevar su edificio filosófico. En Argentina el diario funcionaba como un instrumento práctico y adecuado para el esparcimiento de una sociedad a la que Ortega sintió como su lugar en el mundo, pues la percibió sensible y predispuesta a escuchar su torrente de ideas. Entretenido, amplio y accesible, con su aptitud de psicólogo del inconsciente colectivo Ortega caracterizó los arquetipos humanos contemporáneos con destacada precisión.

El punto inicial de su trayectoria filosófica bien podría considerarse el 19 de diciembre de 1902, cuando a los diecinueve años publicó el artículo titulado “Glosas” en la revista madrileña *Vida Nueva*. Por entonces, España atravesaba un doble proceso de profunda transformación social acompañada de una dilatada ausencia de creación filosófica, reflejo de su débil momento científico en el mundo.

En 1908, con 25 años de edad, al culminar los artículos sobre nueva política y referirse a los elementos espirituales que hacen a la felicidad Ortega ya veía con claridad la cuestión decisiva. Consciente de que el problema que afectaba a España era de una complejidad que superaba ampliamente lo político y económico señaló con énfasis la necesidad perentoria: “Nuestra reforma no ha de ser económica sino que primero necesitamos la reforma intelectual y moral.”³

Fue en 1914, a sus treinta años de edad, que Ortega inició una actuación plenamente pública incursionando en el adoctrinamiento político. Entonces, sintiéndose en su primera madurez, decidió darse de alta en estas facetas y así sus producciones escritas comenzaron a publicarse en forma de libros.

Desde su juventud Ortega ejerció la función de orientador político y social, dentro de las fronteras españolas primero y trascendiéndolas después. Podemos ver en el Prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*,

² KOVADLOFF, Santiago. “Los bárbaros modernos. A 80 años de *La rebelión de las masas*”, *La Nación*, sábado 20 de diciembre de 2008, p. 39.

³ ORTEGA Y GASSET, José. “La cuestión moral”, *El Imparcial*, 27 de agosto de 1908, *Obras completas*, tomo I, p. 276. Como se verá en el último apartado de este trabajo, al opinar sobre la proyección del destino argentino Ortega insistió en la centralidad de la cuestión moral y señaló idéntica recomendación, que fue dejada de lado. El resultado de las sucesivas políticas implementadas desde entonces en el país confirma no solo este rechazo, sino también el acierto de aquella aseveración.

fechado en octubre de 1922, su preocupación por la situación crítica de desaliento europeo. En esa oportunidad señaló que: “Es, en efecto, muy sospechosa la extenuación en que ha caído Europa. Porque no se trata de que no logre dar cima a la reorganización que se propone. Lo curioso del caso es que no se lo propone. No es, pues, que fracase su intento, sino que no intenta. A mi juicio, el síntoma más elocuente de la hora actual es la ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana [...] En Europa hoy no se desea.”⁴ Posteriormente, en el Prólogo a la cuarta edición de la misma obra, escrito en junio de 1934, hizo notar que en España había escasez de hombres dotados con el talento sinóptico suficiente para formarse una visión íntegra de la situación nacional en la que aparezcan los hechos en su verdadera perspectiva, lo cual resultaba decisivo a la hora de lograr atribuirle a cada elemento un valor justo y preciso dentro del conjunto. Entonces, reveló el comportamiento social erróneo en vigencia y denunció: “Lo que va a ser la verdadera y definitiva solución de una crisis profunda es lo que más se elude y a lo que mayor resistencia se opone. Se comienza por ensayar todos los demás procedimientos y con predilección los más opuestos a aquella única solución. Pero el fracaso inevitable de estos deja exenta, luminosa y evidente la efectiva verdad, que entonces se impone de manera automática, con una sencillez mágica.”⁵ A su vez, Ortega también necesitaba orientarse él mismo, ver con claridad su porvenir y avizorar el rumbo futuro que podía tomar su país, al que se sentía íntima y profundamente ligado.

Por otra parte, entre 1910 y 1936 desarrolló cursos de Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Estos cursos atrajeron la asistencia de numerosos estudiantes extranjeros, muchos de ellos provenientes de países europeos con una extensa tradición filosófica de respaldo. Simultáneamente, los artículos periodísticos conformaron libros que otorgaron vigencia a sus contenidos al acercar al lector la doctrina rigurosa y relativamente sencilla de Ortega.

En 1916, luego de su primera visita a la Argentina, al despedirse de los argentinos Ortega dejó entrever que su mejor impresión del país no la había causado la riqueza cerealera y ganadera, sino la vertiginosa porosidad social. Asimismo, se ocupó de hacer notar la excesiva preocupación económica, que vio materializada en su inquietud por el rápido enriquecimiento.⁶ Señaló también la manifiesta y riesgosa desproporción entre la expansión agro ganadera y el exiguo desarrollo exhibido por la ciencia y la universidad. Esa desproporción, reflejo de la mentalidad argentina, daba prioridad al disfrute proveniente de la rápida fortuna económica y posponía inversiones generadoras de conocimiento y educación superior. Estas últimas, sólo beneficiosas a largo plazo y tras grandes esfuerzos sostenidos. En este sentido, Ortega distinguió con precisión otro aspecto significativo: el dinero

⁴ ORTEGA Y GASSET, José. *España invertebrada*, *Obras completas*, tomo III, pp. 534-535.

⁵ ORTEGA Y GASSET, José. *España invertebrada*, *Obras completas*, tomo III, pp. 537.

⁶ El contexto socio económico de prosperidad sin límites de los argentinos, pero sin tradiciones consolidadas, se tradujo en gastos excesivos y falta de conciencia administrativa. Lo hemos desarrollado en: *Concepción filosófica y política de la sociedad argentina de principios del siglo XX. La irrupción de Ortega y Gasset. Análisis del impacto de su pensamiento filosófico*. BALLISTRERI ECHETO, Carlos Alberto, Tesis de Doctorado, Facultad de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Complutense de Madrid, España, 2022. Véase pp. 40-42 y 79 ss.

manda cuando no hay otro principio que lo haga.⁷ Al no apostar a la ciencia y la tecnología, esa omisión imprudente acarrearía al futuro argentino el alto costo de la dependencia extranjera. En definitiva, el filósofo español propuso un cambio de perspectiva y exhortó a los argentinos a rectificar el orden temporal de los valores. Dicho con otras palabras, los incitó a iniciar el largo y venturoso camino de la postergada reforma moral.

Años más tarde, en 1924, habiendo intuido que las reglas de juego de la controversia de alto vuelo en el país no estaban a la altura del rigor y de la flexibilidad de las europeas, a fin de fomentar la tolerancia y la cooperación Ortega recomendó a los estudiantes argentinos de filosofía un diálogo menos agresivo y más abierto.

El artículo periodístico como estrategia de difusión filosófica y literaria.

Entre 1883 y 1955, años en que vivió Ortega, los únicos medios de comunicación y divulgación que existían eran la prensa escrita y la radio. En esa época los libros no circulaban en forma masiva y la educación universitaria era sólo asequible a grupos minoritarios selectos. En este contexto, la lucidez de Ortega para ver las cosas, asociada a su forma de expresión diáfana, fueron claves para atraer al lector de periódicos inquieto y culto. De ese modo, Ortega encontró en el género periodístico el canal ideal para dar difusión a sus ensayos filosóficos y literarios.

La agilidad y apertura de estos medios era muy adecuada para la divulgación de ideas. Estas características de la prensa escrita le permitieron al filósofo madrileño desarrollar su perfil de ensayista con el firme propósito de ensanchar sostenidamente el universo mental de sus lectores. No obstante, a pesar del tenaz esfuerzo, respecto a su influencia en los argentinos Marta Campomar sostuvo que: “En el fondo nunca logró modificar estructuras, solamente reforzar el narcisismo argentino, que se sentía halagado de los palos recibidos de un ilustre profesor del extranjero.”⁸

Su tarea docente en Argentina estuvo enmarcada en las pautas ideológicas vigentes entre las dos guerras mundiales en las que se involucró Europa y las condiciones reinantes durante la guerra civil española, que motivó el dilatado exilio de Ortega y la pérdida definitiva de su cátedra universitaria en Madrid.

Al leer sus artículos los lectores de *El Imparcial* y *El Sol* no se encontraban con la densidad y erudición del titular de la cátedra de Metafísica, sino con un pensador de lenguaje refinado, preciso y accesible a la comunicación periodística. Instalado en esas tribunas, con gran motivación, Ortega supo seleccionar en su frondosa cultura atractivas ideas fuerza que alumbraron el intelecto del lector. El diario fue la plataforma ideal desde donde desplegó su formidable talento incitador.

En el diario *La Prensa* de Buenos Aires publicó una serie de artículos y ensayos en los que fusionó conceptos sofisticados con pensamientos lúcidos.

⁷ Ya en 1927 Ortega afirmaba que nadie, ni el más idealista, puede dudar de la importancia que el dinero tiene en la historia, pero dudaba que fuera un poder primario y sustantivo. Ver en: ORTEGA Y GASSET, José. “Dinámica del tiempo. Los escaparates mandan”, *El Sol*, 15 de mayo de 1927, *Obras completas*, tomo III, p. 85. .

⁸ CAMPOMAR, Marta. *Ortega y Gasset en La Nación*, Ed. El Elefante Blanco, Buenos Aires, 2003, p. 46.

De ese modo puso en práctica un estilo docente distinguido por la claridad expositiva. Además de los periódicos citados, cabe destacar que posteriormente al cierre del periódico madrileño *El Sol* y después del cese editorial de la revista *El Espectador*, Ortega encendió reiteradamente sus confidencias más profundas desde las columnas del diario *La Nación* de Buenos Aires. Con paciencia, artículo tras artículo, desde las páginas dominicales del diario porteño conformó obras completas tales como *Ideas y creencias*, *Meditaciones de la técnica*, *Las Atlántidas*, *El hombre y la gente* y *La razón histórica*, entre otras.

Así fue que, entre 1923 y 1940 los 234 artículos que recibieron los lectores de *La Nación* funcionaron como un estrado destacado para el tratamiento de sus teorías sociales. En ellos, la transmisión de alternativas y propuestas históricas posibles para los argentinos tuvieron un sesgo que osciló entre la crítica, la alabanza y el consejo severo. Estas colaboraciones, que eran muy bien pagas, pasaron a ser una de las principales fuentes de sustento económico de Ortega y proponían al argentino el desafío de asumir una modificación sustancial de perspectiva.

Desde *La Nación* argumentó que la falta de moralidad era su costado más vulnerable, aquél que antes debía reformular la sociedad argentina si pretendía dejar atrás su declinación histórica y de ese modo dar lugar a un futuro venturoso. Ortega expuso muchas de sus confidencias más radicales e influyó solapadamente sobre los lectores, que velados en sus teorías sociales fueron parte esencial de su laboratorio de reflexiones y elucubraciones antropológicas. De ese modo, la esencia argentina integró la dialéctica mediante la cual Ortega desarrolló su pensamiento.

El artículo “Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*” fue un intento de explicación de su postura ética a los argentinos que lo habían criticado por sus expresiones antecedentes vertidas en “El hombre a la defensiva”⁹, artículo en el que Ortega había definido al argentino como un ser de pura “parada”. En este ensayo explicativo el maestro español definió que: “La moral [...] es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia. [...] es simplemente el ser inexorable de cada hombre.”¹⁰ De ahí que, para Ortega una vida des-moralizada es también una vida sin alma, vida des-animada e inauténtica, y por esa razón, también es una vida reducida a una existencia des-vitalizada y des-integrada.

Ortega ya había avanzado sobre la cuestión moral en otro texto escrito en diciembre de 1924, al que denominó “El origen deportivo del Estado”. Esta cuestión reflejaba en su fondo la libertad que cada uno tiene de elegir, de preferir según su entender y sentir. La moral, como sistema de preferencias, es por otra parte, una manifestación de jerarquías variable. En el sentido expuesto, el filósofo especificó que “[...] la moral no es simplemente la virtud, porque hay muchas virtudes. La moral resulta del “sistema” –de las virtudes. Y esta sistematización, esta jerarquía en que las situemos es lo definitivo y lo que da un tinte a cada moral, lo que varía de época en época. ¿Quién no desea ser justo? Pero es preciso a la par ser otras cosas que, en ocasiones, entran en conflicto con la justicia. Entonces hay que decidirse y preferir lo uno a lo otro.

⁹ Este artículo junto a otro titulado “La Pampa... promesas” forma parte del ensayo “Intimidaciones”, escrito por Ortega en 1929, que abordaremos en el apartado siguiente.

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, José. “Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*”, *La Nación*, 13 de abril de 1930, *Obras completas*, tomo IV, p. 375.

La moral de cada uno es el sistema de sus preferencias, porque no se olvide que presa entre las costillas llevamos una máquina de preferir que los poetas llaman corazón.”¹¹ En otro de sus textos que tiene por título “No ser hombre ejemplar”, el filósofo también se refirió al *plus* de esfuerzo que exige el perfeccionamiento moral. Sobre ese añadido extra de exigencia enaltecida autoimpuesta que evoca y exalta la optimización propia del deporte, Ortega sostuvo: “La perfección moral, como toda perfección, es una cualidad deportiva, algo que se añade lujosamente a lo que es necesario e imprescindible. [...] La mera corrección moral es cosa con que no tiene sentido jugar, porque significa el mínimo de lo exigible. Pero *la perfección no nos la exige nadie; la ponemos o intentamos nosotros por libérrimo acto de albedrío, y, sin duda, merced a que nos complace su ejercicio.*”¹² Este complemento en el nivel de exigencia que autónomamente nos imponemos hace de la moral una obra valiosa a la que se llega en la práctica por mediación del antieconómico esfuerzo productivo, entre otras, de la creación científica y artística, como así también del heroísmo político y moral. De ahí que, para Ortega el sacrificio y la entrega constituyen los estandartes del hombre moral frente al egoísmo y la pasividad del hombre superficial. Este último es el hombre-masa, considerado por el filósofo como un ser sin proyectos ni ideales; en definitiva, sin moral e incapaz de realizar actos creadores nacidos de su esfuerzo personal.

Mediante un diálogo orientador e intimista con el público lector Ortega intentó encauzar la espontaneidad creativa para de ese modo desarrollar su progreso potencial. Simultáneamente, logró analizar y comparar niveles históricos, como así también distintos tiempos y edades en el seno de la cultura occidental. De igual manera, Ortega rumió el dilema argentino de sociedad republicana invertebrada con espíritu progresista de pueblo joven que tanto admiró. Además, supo adaptar su mirada europea a las realidades y necesidades americanas. Esa adaptación le permitió advertir la brecha entre lo que el argentino era y lo que quería ser a través de su concepción Nación-Estado y de las instituciones nacionales que promovía. Por otra parte, reconoció en el “alto módulo” que el argentino tenía de sí mismo la base de un proyecto de vida superior, pero que finalmente se tornaba irrealizable debido al descontrol de su propia exageración.¹³

El argentino tendía a fijarse como prioridad la realización de rápidas e improvisadas reformas en su entorno, ya sea la sociedad, el Estado o la universidad. De esta manera, la insensatez de sus pretensiones inviables lo remitieron naturalmente a vivir distraído, descuidar la transformación interior y, en consecuencia, malograr su destino fecundo.

¹¹ ORTEGA Y GASSET, José. “El origen deportivo del Estado”, *Obras completas*, tomo III, p. 949.

¹² ORTEGA Y GASSET, José. “No ser hombre ejemplar”, *Obras completas*, tomo II, p. 585. Las cursivas son mías.

¹³ ORTEGA definió así el concepto de nación: “Nación es una unidad social fundada en largo pasado común, en una lengua, en una religión, en un repertorio de costumbres. [...] La Argentina se caracteriza por ser una unidad social formada por elementos que no tienen ese común pasado multiseccular, que no tienen la misma oriundez étnica ni la misma lengua ancestral ni poseen los mismos hábitos. [...] Mirado desde nuestro concepto anterior esto es completamente imposible, es lo contrario de una nación. Rectifiquemos, pues, la Argentina no es una nación.” Véase en: ORTEGA Y GASSET, José. *Introducción a los problemas actuales de la filosofía*, 1916, *Obras completas*, tomo VII, pp. 703-704.

Observaciones, definiciones e incitaciones.

Sorprendido por la desproporción existente entre la notable inteligencia y la imperfección de criterio de algunos argentinos que trató, Ortega atribuyó ese desajuste a la ausencia de una rigurosa disciplina interior. En este sentido, luego de acceder a textos producidos por jóvenes escritores argentinos y meditar sobre sus contenidos, el filósofo hizo hincapié en ellos y expuso las siguientes observaciones y sugerencias: “La impresión que una generación nueva produce sólo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas: esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira -¿por qué no decirlo?- más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esta pareja de calidades: fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica; por eso espero en ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna –sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza: por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas. En las revistas y libros jóvenes que me llegan desde la Argentina encuentro – respetando algunas excepciones- demasiado énfasis y poca precisión.”¹⁴ Ortega creyó en la capacidad intelectual del joven argentino. Sin embargo, el intelecto aislado resultaba insuficiente, pues debía estar acompañado de otras cualidades complementarias; eran indispensables, además, rigor de pensamiento y exactitud de expresión.

Por entonces, Ortega señaló la superlativa desmoralización que advirtió en las juventudes intelectuales europeas. A partir de ahí, remarcó la necesidad de una férrea disciplina interior a las juventudes argentinas que tuvieran aspiración de ascenso, pues, desde su punto de vista era una condición necesaria para quien anhelara construir un gran pueblo. En sintonía con lo expuesto, aseguró que nada puede esperarse de hombres sin nobleza que no se autoimpongan el privilegio de duras obligaciones. Según el filósofo, el logro de esta imposición exige un requisito esencial: “tiene que sentirse sitiada por el vulgo inerte. Esta sensación de aislamiento ha sido siempre el máximo estímulo, la genial incitación que mantiene tenso el ánimo de las minorías selectas, las cuales son selectas –entiéndase bien-, ante todo y sobre todo porque se exigen mucho a sí mismas. El hombre que se impone a sí propio una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales en el contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados los unos en los otros y todos a la deriva, vil botín de las resacas. Por eso, el lema decisivo de las antiguas aristocracias, forjadoras de nuestras naciones occidentales, fue el sublime *noblesse oblige*.”¹⁵

Cinco años más tarde, en uno de sus ensayos más difundidos, Ortega hizo referencia al carácter de los argentinos vinculándolo al paisaje que lo conformaba. Ortega percibió el desajuste existencial del hombre del Plata y advirtió un correlato entre la monotonía de la Pampa y la esencia prometedora

¹⁴ ORTEGA Y GASSET, José. *Carta a un joven argentino que estudia filosofía*, 1924, *Obras completas*, tomo II, p. 574.

¹⁵ ORTEGA Y GASSET, José. “El deber de la nueva generación argentina”, *La Nación*, 6 de abril de 1924, *Obras completas*, tomo III, pp. 810-811.

de la vida argentina. Entonces, argumentó con énfasis: “La Pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías –y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo y desde *allí* gobierna y ejecuta su vida de *aquí*, la real, presente y efectiva. *La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual.* No es el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive desde *sus ilusiones* como si ellas fuesen ya realidad.”¹⁶ Esta distorsión esencial de la existencia tiñó el alma argentina de descontento y dolor. Así, corrida de sí misma, desfasada y vacía, a posteriori resultó una existencia que no existió.

Ortega también se sorprendió por el alto grado de avance que en el país alcanzó la idea del Estado. Considerándolo a priori presuntamente blando y vago, por el contrario, Ortega se encontró en la realidad con un Estado rígido y ceñudo, alejado por completo de la espontaneidad social y con rebosante autoridad sobre los individuos. Este manifiesto anacronismo estatal, que era expresión de una voluntad y de un proyecto desmesurado, en realidad revelaba la magnífica idea que por entonces el pueblo argentino tenía de sí mismo.

En definitiva, la altanería de los proyectos evidenciaba la distancia entre estos y la situación real, lo que aún no se era. De ahí que, en “Intimidades” Ortega advirtió sobre este desacople existencial, pues impedía el efectivo progreso “ya que no hay manera más cierta de no mejorar que creerse óptimo.”¹⁷ En el mismo ensayo Ortega señaló también los riesgos del excesivo entusiasmo por el Estado más allá de la perfección que éste pudiera alcanzar, pues, ante la aparición de un problema concreto resulta difícil resistir a la tentación de activarlo. Más aún con la creciente complejidad social, que conlleva el aumento de frecuencia e intensidad de los problemas colectivos e incrementa el riesgo de su uso en forma abusiva.

¹⁶ ORTEGA Y GASSET, José. “Intimidades. La Pampa... promesas”, (Septiembre, 1929), *Obras completas*, tomo II, p. 892. Las cursivas corresponden al autor citado. Ortega reflexionó respecto de la *ilusión* a partir sus lecturas sobre Goethe y rescató un punto de vista original y sugerente que queremos considerar aquí. Su meditación puede resultar útil al propósito de reforma moral del hombre argentino, que Ortega propuso con insistencia, y, como hemos visto, según Marta Campomar no pudo lograr. El punto de vista considerado es el siguiente: “Goethe en su vejez resume todo el saber de su vida, en que están aprovechados todos sus dolores y todas sus alegrías, en una palabra que nos propone como principio de una nueva cultura. Esta palabra es *resignación*. Dudo mucho que antes de nuestros días haya podido entenderse bien lo que con esto Goethe quería decir. Porque Europa desde el siglo XV y, de modo muy especial, en tiempo de Goethe había vivido precisamente de lo contrario; había vivido de la petulancia. ¿Qué entendía Goethe por una cultura fundada en la resignación? Sobre ello quisiera decirles a ustedes algo en la *address* con que el día doce cerramos estas sesiones. Ahora sólo diré esto: la vida es imposible sin ilusiones. La vieja experiencia de Europa ha ensayado todas. Todas menos una, que es la que ahora va a entrar: la ilusión de estar desilusionado. Quiero acabar con este enigma que propongo a la fértil imaginación de ustedes. Lo enuncio como mera posibilidad, sin pretensión dogmática alguna y más bien como una pregunta más que dirijo a ustedes: *¿es posible una reforma radical del sentido de la vida y, por tanto, de la cultura, que parta deliberadamente de la desilusión, es decir, que intente reajustar más rigurosamente las ideas, los deseos, los proyectos del hombre a sus limitaciones constitutivas?* [...] *Esa cultura resignada no significa ni tristeza ni pesimismo. Es una nueva forma de alegría que se complace en ver las cosas como son, que las acepta como el deportista acepta el hándicap.*” Véase en: ORTEGA Y GASSET, José. *Sobre un Goethe bicentenario*, 1949, *Obras completas*, tomo X, pp. 29-30. Las cursivas me pertenecen.

¹⁷ ORTEGA Y GASSET, José. “Intimidades. El hombre a la defensiva”, septiembre de 1929, *Obras completas*, tomo II, p. 900.

Ortega también hizo referencia a la ilusión óptica que afectaba al hombre del Plata. Esta distorsión era reflejo del acentuado contraste entre su apariencia y su intimidad. Naturalmente, la primera impresión de este hombre impactaba enérgicamente al observador incauto, que luego, con el paso del tiempo comenzaba a advertir gradualmente la ausencia de identidad de su interlocutor. Al respecto, Ortega dijo: “Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. Su comportamiento nos parece en parte demasiado pueril para ser sincero, en parte demasiado repulido para ser también sincero. En suma, notamos falta de autenticidad.”¹⁸ El argentino no se entregaba con su interlocutor en la relación normal. Por el contrario, lo extraño resultaba cuando el prójimo se acercaba, porque este hombre reaccionaba con hermetismo, y aunque nadie lo atacara se disponía a la defensa movilizándolo su energía en claro gesto de autoprotección. Al observar este gesto Ortega amplió su parecer y dijo que: “Esta actitud defensiva obliga al argentino a no vivir, ya que vivir es una operación que se hace desde dentro hacia afuera y es un brotar o manar continuo desde el secreto fondo individual hacia la redondez del mundo. [...] Mas el argentino ocupa la mayor parte de su vida en impedirse a sí mismo vivir con autenticidad.”¹⁹ Estaba claro que la preocupación por defenderse paralizaba su espontaneidad, y, de esa manera, su persona quedaba reducida a puro convencionalismo.

Asimismo, era menester observar con atención que la dualidad existente en el cuerpo colectivo imponía al individuo una índole también dual y asincrónica. Esta dualidad condicionante y sin resquicios a la que estaba expuesto el hombre argentino finalmente lo obligaba a preocuparse demasiado en representar su papel. Lo curioso es que eso ocurría en todo el abanico de actividades y en toda ocupación o profesión. En consecuencia, corrido de sí mismo, vivía de un *rol* que debía interpretar. De ahí que, al percatarse de este rasgo Ortega aclaró: “La vida de la persona queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o *papel*. Entre ambas no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicarnos por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no comunica consigo.”²⁰ Como se ve, aunque de apariencia actual, ese desdoblamiento de personalidad del argentino proviene de tiempos remotos.

Por consiguiente, visto de este modo el argentino típico vivía -y aún sigue haciéndolo- entregado no a una realidad, sino a una imagen. Y como una imagen no se puede vivir sino contemplándola, Ortega cerró su análisis del carácter del hombre argentino completando la idea y definiendo en forma categórica que: “En efecto, el argentino se está mirando siempre reflejado en la propia imaginación. Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso. Lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo.”²¹ Ahora bien, si este hombre bien dotado hubiera aceptado convencido su auténtico destino, esto era, existir realmente y no en gesticulación de un *rôle* imaginario, seguramente la Argentina hubiese tomado un camino de ascenso hasta alcanzar la más alta jerarquía en el contexto de naciones.

¹⁸ Ob. cit., p. 905.

¹⁹ Ob. cit., p. 907.

²⁰ Ob. cit., p. 913. La cursiva es de Ortega.

²¹ Ob. cit., p. 918.

No obstante, más allá de lo ya mencionado, la índole de la preocupación primera de Ortega respecto del país no se circunscribió estrictamente a las cuestiones políticas, sociales o económicas.²² Para hallar soluciones valederas, el filósofo propuso el desafío de calar más hondo la realidad.

El problema decisivo de los argentinos.

Como observador sensible y perspicaz Ortega buceó las profundidades que sustentan al alma social nacional y allí percibió la desmoralización del hombre argentino, inauténtico y sin plenitud. Percatado de cosas que pasaban inadvertidas para la mayoría de la gente, a partir de sus observaciones Ortega afirmó de forma categórica un aspecto decisivo: “Ahora bien: *yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral.*”²³ El problema moral ocupó la atención de Ortega desde su juventud. Para el filósofo, moral es el ser mismo del hombre cuando se halla en su propio quicio y vital eficiencia. El imperativo fundamental es: *llega a ser el que eres*; en este sentido el hombre argentino estaba desmoralizado. Esta era la cuestión central. Resolverla requería que el argentino alcanzara su fondo auténtico retrayéndose rigurosamente a fin de lograr ser sí mismo, sumiéndose en el duro quehacer propuesto por su personal destino. Sólo de esa manera podía modificar los valores, virtudes y modos que conformaban la base moral de su existencia colectiva.

No obstante, casi un siglo después de que Ortega destacara con claridad meridiana el problema neurálgico y mostrara el camino a seguir para la reconversión ética de la sociedad argentina, ésta permaneció indiferente al consejo y eligió, inmutable, continuar su propia ruta. De esa actitud impasible devino la desorientación y el extravío en que ahora se debate, recorriendo resignada y sin pausa la inacabable pendiente descendiente.²⁴

²² Para Ortega, “La cuestión política es una cuestión moral, pero la cuestión moral es una cuestión de educación y de ciencia.” Véase en: ORTEGA Y GASSET, José. *Discurso para los juegos florales de Valladolid*, 1906, *Obras completas*, tomo VII, p. 121.

²³ ORTEGA Y GASSET, José. “*Por qué he escrito El hombre a la defensiva*”, *La Nación*, 13 de abril de 1930, *Obras completas*, tomo IV, pp. 375-376. Las cursivas corresponden a Ortega.

²⁴ Ortega distinguió entre las muchas cosas que en cada caso se pueden hacer hay siempre una que es *la que hay que hacer*. Y señaló que la división más radical entre los hombres estriba en que la mayoría de ellos es ciega para percibir la diferencia de rango y calidad entre las acciones posibles, por lo que la ceguera moral de la mayoría es el lastre máximo que en su ruta arrastra la humanidad. Ortega ilustró esta idea y definió que: “En el latín más antiguo, al acto de *elegir* se decía *elegancia*, como de *instar* se dice *instancia*. Entiéndase el vocablo con todo su vigor verbal, el elegante es el “eligente”, una de cuyas especies se nos manifiesta en el “int-eligente”. Conviene retrotraer aquella palabra a su sentido prócer que es el originario. Entonces tendremos que no siendo la famosa Ética sino el arte de elegir bien nuestras acciones, eso, precisamente eso, es la Elegancia. Ética y Elegancia son sinónimos. Esto nos permite intentar un remozamiento de la Ética, que a fuerza de querer hacerse mistagógica y grandilocuente para hinchar su prestigio, ha conseguido sólo perderlo del todo. Como esto se veía venir, combato desde hace un cuarto de siglo bien corrido para que no se trate la Ética en tono patético. La patética ha asfixiado la Ética entregándola a los demagogos, que han sido los destructores de todas las civilizaciones y los grandes fabricantes de barbarie. Por eso he creído siempre que en vez de tomar a la Ética por el lado solemne, con Platón, con el Estoicismo, con Kant, convenía entrarle por su lado frívolo que es el más profundo, con Aristóteles, con Shaftesbury, con Herbart. Dejemos, pues, un rato reposar la Ética y, en su lugar, evitando desde el umbral la solemnidad elaboremos una nueva disciplina con el título: Elegancia de la

Además, acerca de la voluntad imperial del argentino y su proyecto económico basado en la disponibilidad de tierras fértiles y riquezas de materias primas, desde *La Nación* sostuvo que esas aspiraciones no eran suficientes para constituir, en serio, una nación madura a nivel internacional.

Alineado con lo expuesto, es oportuno mencionar que en abril de 1928 Ortega publicó en *La Nación* el artículo titulado “Hegel y América”, donde cuestionó la cerrazón mental y el hermetismo dogmático hacia el futuro que dejaba de lado la apertura a nuevas posibilidades. Por un lado, esta obstinación era una marcada incapacidad que existía en hombres de mentalidad caduca para percibir los beneficios derivados de los cambios, pero por otro lado, también comprendía la débil percepción exhibida por gran parte de los argentinos más jóvenes.

En 1929, en el artículo “El hombre a la defensiva” Ortega analizó el carácter de los argentinos y, entre otras cuestiones, apuntó que estos hombres se conmovían ante cualquier idea proveniente del viejo continente. De modo que, al juzgar con desidia y equivocar valoraciones, por añadidura erraban también las conclusiones. De ahí resultaron la inseguridad, indisciplina y poca originalidad de su alma apática que dio lugar a la viveza criolla, de brillo transitorio y fugaz. En esencia, este rasgo facilista y de escaso criterio del hombre argentino amoldó el hueco desde el cual creyó poder conquistar con displicencia lo que otros pueblos obtenían mediante gran dedicación y esfuerzo intelectual.

Entre 1933 y 1936 *La Nación* publicó fragmentos que posteriormente pasaron a conformar varios libros, entre ellos *Ideas y Creencias*, *Aurora de la Razón Histórica* y *El Hombre y la Gente*. En medio de la crisis general de ese tiempo, estas fracciones literarias y filosóficas constituyeron un valioso aporte de claridad para los lectores del primer auditorio que accedió al privilegio de su influencia formativa.

Ortega realizó su tercera y última visita a Buenos Aires en 1939, donde residió hasta 1942. Tal como puede leerse en otro ensayo de esos años, continuó expresando su visión crítica sobre el modo de ser del hombre del Plata. Lo hizo tomando como base los hombres que conoció y trató. En esa oportunidad, visiblemente irritado y apenado expresó su honda decepción con las siguientes palabras: “Confieso a ustedes que estoy abrumado, desazonado al no oír desde que he llegado aquí casi más que objeciones. ¡A todo hay algo que decir, a todo hay algo que objetar! Y no se dice lo que hay de bueno y hay una morbosa complacencia en recoger lo defectuoso y lo desgraciado con toda pulcritud, como si se tratase de pepitas de oro. En el Buenos Aires de hoy casi no se dice, más bien se contradice. [...] Lo que me apena, lo que irrita, es ver cómo, aquí y ahora, es tan frecuente que el porteño sea una viviente objeción a lo demás, a buena parte de los demás porteños. Cada cual parece ocupado más que en vivir él, en detener, trabar y frenar la vida de los demás.”²⁵

Como se ha dicho, eligió el diario porteño para transmitir propuestas alternativas que consideró importantes para ese momento histórico. Desde *La Nación*, que era propiedad del grupo liberal terrateniente y ganadero

conducta o arte de preferir lo preferible.” Ver en: ORTEGA Y GASSET, José. *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, *Obras completas*. tomo IX, p. 1416. Las cursivas son de Ortega.

²⁵ ORTEGA Y GASSET, José. *Meditación de la criolla*, 1939, *Obras completas*, tomo IX, pp. 330-331.

representativo del poder económico porteño y provincial, Ortega predicó la defensa de una íntima convicción: no era lo económico lo único que hacía grande a una nación.

Por otra parte, *La Nación* también fue la tribuna elegida para exponer las distorsiones históricas del siglo positivista. Posteriormente, los representantes de esta corriente filosófica aprovecharon la excusa de su presunta arrogancia académica para devolverle fuertes críticas. No obstante, gran parte de las intuiciones proféticas que Ortega disparó desde *La Nación* al ámbito político, a posteriori se tradujeron en cruel e ineludible realidad. En virtud de lo que luego vino, es justo afirmar que Ortega fue un visionario. No sólo anticipó lo que vendría, sino que además previó acertadamente gran parte de las consecuencias de sus previsiones. Entre sus principales advertencias podemos citar el vacío moral en el que han caído las democracias occidentales, el auge de la tecnocracia y el desprecio a la sabiduría subordinada al conocimiento especializado; todo ello en el marco de una cultura arraigada a lo instantáneo y a la permanente e incesante renovación.²⁶ Por eso, como bien observó el Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa, “En vez de disolverlo y borrarlo, la historia contemporánea ha confirmado a Ortega como el pensador de mayor irradiación y coherencia que ha dado España a la cultura laica y democrática. Y, también, el que escribía mejor.”²⁷

En síntesis, la docencia emprendida por Ortega en *La Nación* tuvo como propósito reformar profundamente el alma de la raza hispana, que en Argentina significaba desafíos tales como revertir la visible falta de ética, dejar de lado la envidia apasionada y superar la actitud de pueblo cerrado en sí mismo, cuya mayor aspiración se limitaba a alcanzar éxitos comerciales. Su última intervención fue el artículo “El intelectual y el otro”, en cuyo texto deslizó su queja al lector por la sordera y el desinterés por una cultura más abierta. Ortega señaló las claves de una sociedad poseedora de ideas relámpago y de ocurrencias efímeras, de poco vuelo y rápidamente percederas. Finalmente, decepcionado tras largos años en que desde *La Nación* dejó fluir su amalgama de ideas y propuestas, en diciembre de 1940 decidió terminar de forma abrupta y puso fin a lo que fue un ciclo docente excepcional e irrepetible.

No obstante, el escritor, filósofo y periodista español se convirtió en un contemporáneo nuestro, pues aquel ¡Argentinos a las cosas! aún sigue retumbando en la cabeza de un pueblo indiferente que después de un siglo no logró dejar atrás sus prejuicios. Obstinado, este pueblo de aspiraciones otrora elevadas continúa viviendo a la defensiva y confuso. Menguada su energía espiritual, visiblemente debilitado no puede desarrollar plenamente sus talentos y potencias intelectuales. Cabe esperar, entonces, que en circunstancias tan adversas como las actuales la creciente circulación de ideas orteguianas siga cobrando vigor, coadyuve a despertar conciencia y, por esa vía, contribuya a subsanar la decisiva desatención histórica.

²⁶ Al referirse a la duda, Ortega dijo: “En ella se siente el hombre sumergido en un elemento insólido, infirme. Lo dudoso es una realidad líquida donde el hombre no puede sostenerse, y cae.” A continuación agregó: “De aquí el “hallarse en un mar de dudas.” Véase: ORTEGA Y GASSET, José. *Ideas y creencias, Obras completas*, tomo V, p. 837. Esta idea de Ortega data de 1940 y, de algún modo, es anticipatoria de la noción de *modernidad líquida* a la que en la actualidad alude Zygmunt Bauman.

²⁷ VARGAS LLOSA, Mario. “El filósofo en la sacristía”, *La Nación*, martes 3 de marzo de 1998, p. 19.